

Y se sirve a un país ofreciéndole en cada uno de nosotros un tipo mejor de hombre o un tipo mejor de ciudadano, a lo que se llega por los mismos caminos. Porque todo bien efectivo que nos hacemos individualmente se refleja en la conciencia de la nación: porque de nuestra grandeza, si la conquistamos, deriva su majestad la patria; pero debe haber maneras de hacer esto superiores a otras. Entre aquel que promueve los vicios de la nación y el que promueve sus virtudes, es preferible este último; entre aquel que desea esclavizarla y el que la desea libre, éste merece el gajo del laurel inmortal; entre aquel que la quiere grande y radiosa y aquel que la desea oscura y triste, el primero es el del honor. Y lo peor es que hay mil modos de hacerla oscura y triste: no queriendo uno llenarse de la luz de la vida; prefiriendo todo aquello que de nada aprovecha a nuestros destinos y afirmándonos en la idea de que la vida debe ser bajeza y cobardía. Por eso es abominable la taberna; por eso es abominable el hogar sombrío, por eso es abominable el hombre ignorante.

La patria no es más que un hermoso convivio en donde tienen asiento aquellos de sus varones que más se estiman. Es justo llegar a la fiesta con

severa túnica y coronados de rosas. Es despreciable quedarse entre el cortejo de los esclavos.

Y si es por hablar de nuestra patria, ¿quién no oye hablar de desesperanzas y de bancarrotas y de crisis? Y yo digo, con fe profunda y cierta, que nada de esto importa, mientras en el corazón de alguno de sus hombres tenga asiento el amor a la verdad; mientras cada uno de sus hombres sienta el deseo de abrir su alma sedienta de aurora. Mientras aquí haya un hombre que quiera honrar su título de hombre, la patria no estará en ruinas, porque ese hombre será su luz y su esperanza.

Quien quiera que realice una humilde obra de aprendizaje, ese formará parte del acervo de fuerzas de donde sacará la nación las que necesite para levantarse de sus caídas. Y también pueden estar ustedes seguros de que en el trabajo de hacer una patria más justa y más digna hay una manera de afiliarse a la legión silenciosa y heroica de los que trabajan a su vez en todos los rincones del mundo por orientar la vida hacia formas más humanas y más justas.

RÓMULO TOVAR

(Envío del autor)



LOS OJOS MALIGNOS

POR LUIS TABLANCA

ENTRE la chiquillería alborotante y curiosa de todo el barrio llegó la abuela en una silla de manos, antigua y pesada. Para que pudieran descansar turnándose por el camino, había contratado cuatro silleteros, mozos de la sierra, robustos y coloradotes, que mostraban en las ropas mojadas de sudor lo dura que había sido la jornada. Un toldillo hecho con una sábana amparaba a la señora del ardor del sol y del azote de la brisa. Al sentir que la introducían zaguán adentro, asomó la mano curtida y recogió la tela para mirar.

—Qué lujo de casa,—dijo—viven como príncipes.

Su voz era como la de un esquilón rajado y ocultos en las cuencas como en dos cavernas sus ojillos tenían la mirada dura y maligna. Traía envuelta la cabeza en un pañuelo de seda negro, bajo el cual asomaban como fique muy

blanco los cabellos canos. La nariz parecía buscar apoyo en la barbilla, haciendo de la boca sin dientes un mero pliegue inverosímil que provocaba la hilaridad. Grandes y rancias arracadas de azabache colgaban de sus orejas, que con esto parecían alargadas y de un tamaño grotesco; usaba traje escotado, pero no abandonaba jamás su manteleta de lino cándido.

Esta mujer había tenido muchos hijos, pero de todos ellos sólo había podido criar el primero, un rapaz morenillo y travieso ahora convertido en un maduro cincuentón casi tan duro de cuerpo como de entendimiento, con unos bigotes de granadero francés y bajo la caparazón ordinariota, dulce y tierno entre casa como un merengue. Madre e hijo habían vivido mucho tiempo separados, ella en su cortijo, muy contenta con atender personalmente a las faenas de la la-

branza, a las siembras en marzo y setiembre y al ganado todo el año; él negociando en el poblado, comprando para vender, acaparando lo que por adivinación sabía que había de escasear, realizando siempre con ventaja y cada día con más dinero y más ambición. Se había casado un poco tarde e invitada la madre a la boda, negóse a asistir por no serle posible abandonar por tres días los muchos quehaceres que requerían su atención. Y todo fué decirle: «Aquí tiene usted un nieto que acaba de nacer» para que al punto resolviera venir a conocerlo. La pintura que le hicieron de aquel niño sonrosado la enloqueció de contento y en sus cartas, pues tomó la pluma e hizo gala de una redacción tan pintoresca como plagada de peticiones, estuvo día por día anunciando su famoso viaje y los presentes que al infante llevaría. ¡Ni un rey mago! El más lindo potro nacido ese año estaba destinado a pasear al niño apenas tuviese edad no de aprender la equitación sino de mantenerse a horcajadas y en equilibrio, mientras un mozo guiaría al animal tomándolo de las riendas; la vaca más sana y de más pródiga ubre sería remitida con el exclusivo encargo de abastecer el biberón de la criatura, y de los cofres misteriosamente guardados, unos cofres cuya fama trascendía por los contornos y que a nadie le fué dado contemplar, la abuela había extraído una joya, cuya riqueza de metal era nada si se comparaba con su virtud: era un amuleto que había defendido a muchos de los niños de su raza del peligro del mal de ojo.

Apenas posaron la silla en el corredor salió la abuela estirándose de brazos y piernas para desentumecerse. Era una tarde muy clara y la luz parecía contener un polvillo dorado y una sonoridad que penetraban en las almas despertando la dicha de vivir. Las flores del patio aromaban más que nunca y mostraban tonos tan puros en sus pétalos de raso que la abuela, no bien salió de los brazos de su nuera, que mientras la saludó la examinaba con más curiosidad que cariño, fué a admirar las begonias de una maceta: —¡Qué flores tan bonitas,—dijo,—qué color de sangre y qué transparencia tienen!

Y como si el hálito de sus palabras fuera ponzoñoso, las flores se desmayaron al momento. A la nuera le hizo gracia el fenómeno y dijo con simpleza:

—Se han dormido como las adormideras.

Pero el hijo se echó a temblar recordando un rumor que había oído hacía muchos años; su madre, aquella vieja de extravagante figura y varoniles aficiones, tenía en sus ojos un poder infernal bajo el cual las plantas deli-